

Precios de suscripción

EN SAN SEBASTIAN
6 meses, 6 pesetas; 6 meses, 12; un año, 20
EN PROVINCIAS
6 meses, 9 pesetas; 6 meses, 18; un año, 30
EN EL EXTRANJERO
6 meses, 13 pesetas; 6 meses, 25; un año, 50

La Voz de Guipúzcoa

Tarifa de publicidad

En primera plana dos pesetas línea.
En noticias, una peseta línea.
En generales, sesenta céntimos línea.
Planes enteras y medias planas, artículos, comunicados y anuncios oficiales precios convencionales.

TELEFONO URBANO: 0-24.
TELEFONO INTERURBANO: 9-39.

Redacción, Administración y Talleres: San Marcial, 10

APARTADO DE CORREOS: núm. 44.
DIRECCION TELEGRAFICA: «VOZ».

El fin de una leyenda

Un émulo de Stradivarius

Hasta hoy, la opinión general ha creído que los «luthiers» (fabricantes de instrumentos) del siglo XVIII poseían un secreto para fabricar sus instrumentos, y que la acción del tiempo había enriquecido la sonoridad de éstos.

Sin embargo, esta suposición es completamente errónea. Ni hay tal secreto, ni es necesaria madera de un siglo para su fabricación. Con que ésta sea buena y seca, es lo suficiente.

Veamos una prueba. En 1912 se celebró en París un concurso de luthier antiguo y moderna en condiciones de absoluta garantía. Se presentaron los más famosos instrumentos del siglo XVIII (Amati, Guarnerius, Guadagnini, Stradivarius) y al gunos modernos en condiciones que permitían a los auditores jurados pronunciar su fallo con toda independencia. La experiencia se llevó a cabo en una sala de conciertos sumida en una obscuridad suficiente para impedir que el público y los ejecutantes reconocieran los instrumentos que se tocaban. Los auditores recibían a su entrada una ficha correspondiente al orden de audición de los instrumentos. Los ejecutantes ignoraban igualmente la clase de instrumentos que tenían en sus manos. El resultado fué decisivamente favorable para la escuela moderna, pues un violoncello de Kaul batió al famoso Davidoff de Stradivarius, valua do en 150.000 francos y un violín del mismo Kaul, de Nantes, obtuvo un resonante triunfo sobre el no menos famoso violín «Kreuzer» del maestro de Cremona. Estos resultados inesperados incitaron a los «luthiers» modernos a nuevos ensayos. Pero como no es posible que en un día desaparezca el juicio que durante un siglo ha prevalecido sobre los violines de la antigua escuela italiana, los artistas continuaban tocando con éstos, pues para muchos la cuestión no estaba completamente definida, y los «marchantes» poseedores de gran cantidad de instrumen

Los ricos de antaño

contra los ricos hogafío



(Que venga Dios a juzgar a los vivos y a los muertos!)
(Dibujo de MARTÍN)

tos antiguos, se enorgañaban de hacer el vacío a los «luthiers» contemporáneos. Hoy, el aspecto del asunto ha variado totalmente, pues son ya muchos los virtuosos que han reemplazado los instrumentos antiguos que poseían por otros de la escuela moderna.

Entre ellos figura el eminente violinista Luciano Capet, muy conocido en España, que por cierto ha publicado una carta en el «Mundo Musical» de París, en la que dice lo siguiente:

«Estoy en posesión de un violín absolutamente extraordinario que el maestro «luthier» Paus Kaul de Nantes ha hecho especialmente para mí. Resumiré mi opinión diciendo que entre los más hermosos violines italianos que han pasado por mis manos no conozco ninguno que pueda rivalizar en calidad con este nuevo instrumento que se coloca a la cabeza no sola

mente de la «lutherie» moderna, sino también de la de toda otra época.

Hace un mes que todo está admirablemente en diferentes salas de conciertos y ya no puedo separarme de él... Indudablemente los especuladores que se dedican al tráfico de instrumentos antiguos (que ciertamente es un comercio honrado, pero exageradamente interesado) crearon la leyenda de que la famosa escuela de Cremona poseía un secreto, que los años han rodeado de una falsa aureola, que todos, hasta hoy, la creímos ciegamente. Si alguien hubiera afirmado que existían violines modernos mejores que los Stradivarius habría sido mirado con conmiseración, y quizá habría sido suficiente motivo para ponerlo en observación.

Los antiguos «luthiers» trabajaban de manera empírica, basándose en algunas

formas reconocidas como buenas para la audición.

Se les escapaban algunas leyes mecánicas y físicas, hasta el extremo de que algunos instrumentos Stradivarius corregidos y reparados por fabricantes de nuestros días, han mejorado notablemente en sonoridad.

Si tal no fuese el caso cómo se explica el pequeño número de instrumentos antiguos tocables? El director del Conservatorio de Ginebra Franck Thoisy dedica a este émulo de Stradivarius una crónica de columna y media en el «Journal de Genève». En esa crónica hace un pintoresco relato del viaje que hizo expresamente de Ginebra a Nantes con el fin de sorprender al eximio artista Paul Kaul, en su modestísimo taller, y declara que, a pesar de las amargas vicisitudes por que ha atravesado éste obrero que trabaja 16 horas diarias, se va a operar por vez primera que, al fin, el genio recoja el fruto de su victoria, pues frecuentemente es visitado ese taller por los más eminentes artistas, que le hacen la debida justicia.

ATENCION LEA ESTO

y ganará usted dinero.

Ya llegaron los trajes azules para obreros y trajes kaki clase muy buena a 25 y 30 pesetas cada uno. Combinaciones de trajes de buzo azules a 25 pesetas cada uno. Interiores de lana mix, camiseta y calzoncillo, 18 pesetas el juego. Calzoncillos de hilo a 4'50 cada uno. Inmóviles. Botas de goma a 23 y 25 pesetas el par. Pañuelos de bolsillo de color, americanos, a 6'50 cada uno. Jerseys ó tricotas de lana para niños y niñas a 10'50 pesetas cada uno. Medias de lana sport para niños, a 2'25 el par. Trajes de aviadores, motoristas y buzos, de caucho inglés, a cualquier precio.

Guetaria 13, 1.ª zda. R. ENFEDAQUE

Interesa

la compra de una tierra de cinco con volante de 80 cm. de diámetro.

Dirigirse: ELIZONDO, Marina 9, entre-suelo derecha.

sión de dolor que Santarosa se sintió vivamente impresionado.

—¿Luego usted conoce el secreto de Andrés?—balbuceó la joven confusa y temblorosa.

—Si como conozco los enemigos que le persiguen; pero, créalo, condesa; sólo la casualidad hizo me descubrirlo todo, y cuando su matrimonio se había realizado ya...

Amalia quiso reaccionar; trató de apartar su mirada de la joven; pero en cambio rompió a llorar, dejando caer la cabeza en el hombro de Luciano que la sostuvo con la dulzura con que habría sostenido a una hermana.

Hubo un momento de silencio. Ella seguía sollozando y Luciano que la había rodeado con un brazo la cintura, sentía aquel divino cuerpo temblar y abandonar a él con doloroso suspiro, mientras el cálido aliento de sus entreabiertos labios rozaba suavemente su semblante.

Aunque la imagen purísima de una mujer amada ocupa por entero el corazón de un hombre, como la que reinaba en el alma de Luciano, no es posible que se encuentre en sus brazos una mujer joven, hermosa y dedicada, sin experimentar una de aquellas emociones que justifican desgraciadamente la humana debilidad.

Luciano de Santarosa amaba a su Raísa como se ama a los ángeles; tal vez al gritar en defensa de Amalia había obedecido a la voz de ella; pero la belleza de la recién casada, la misma extraña

predicción que Rafaela repitió en el delirio de la fiebre, aumentaba las fuerzas del joven y daba particular encanto a su desconocido a cuyo encuentro iba.

No obstante, él fué el primero en responder, en romper el silencio.

—Señora condesa—la dijo—no llora usted así, se lo suplico en nombre de su padre. ¿Me cree usted un hombre honrado? Amalia le dirigió una mirada dulce y tímida, mientras el carmín teñía sus mejillas.

—Sí—contestó en voz baja.
—Si le aseguro a usted una cosa, ¿dará usted crédito a mis palabras?
—Sí, se lo juro.

—Pues bien, dígame: la repito que un serio peligro amenaza a usted y al conde...

Amalia levantó la cabeza con una ligérrima sonrisa de amargura.

—Y este peligro procede de una mujer, ¿verdad...?

—Sí.
—¿De una mujer a quien el conde amó antes que a mí?

—No; el conde no la amaba... pero ella conocía ciertos secretos de él, que le podrían perder.

—Dios mío... ¿quién es lo que hizo ese hombre?

Luciano iba a contestar, cuando un rumor sordo y seco a su tiempo se dejó oír. El rumor de una puerta que se abría le hizo estremecer.

Amalia se apartó de él impetuosamente y corrió a la puerta para escuchar.

—¿Dios mío!—exclamó al punto con expresión de terror,—con los pasos del conde. Si le encontrara aquí me perdería... ¡huya usted!

—No tema; el conde no me encontrará; me voy... pero por Dios le pido que me permita volver a velar por usted...

—Sí... pero váyase.

—Me voy—contestó el joven rápidamente,—y si quiero saber el secreto de su marido, pregúntele el conocido tiempo atrás a un joven llamado Luciano...

La joven condesa no tuvo fuerzas para contestar más que con un gemido. Sentóse junto al velador, mientras se oía girar la llave de la cerradura en la parte exterior de la puerta.

Luciano pasó como un rayo al tocador y de allí al pasaje secreto, que cerró al punto detrás de sí.

Estaba todo oscuro; pero cuando el camino y un minuto después se hallaba sobre seguro en el tocador de su aposento.

Una vela ardía en una mesa iluminando escasamente la habitación.

Luciano de Santarosa en vez de acudir a su cuarto dormitorio y acostarse, se abandonó en un diván que permanecía en la penumbra y se entregó en sus de la fantasía.

¿Por qué iba el conde a tal hora a ver a su mujer? ¿Había concebido alguna

sospecha? ¿O asaltado por el recuerdo, impenible iba a impetrar su perdón?

Luciano habría querido oír el diálogo de los dos esposos; pero la prudencia le detuvo: El conde podía haber oído un rumor de voces, podía acordarse de aquel pasaje secreto que el mismo había construido, y si bien es verdad que Luciano había cambiado el resorto y la cerradura de su aposento para evitar que se le sorprendiera, era mejor tener prudencia para no echarlo todo a perder.

Dióse Luciano a pensar en la desgraciada joven, unida perdurablemente a un hombre que la daba miedo ya... y que, sin embargo, sufría con tanta abnegación, con tan noble altanería, para que el mundo no conociera sus penas; para evitar un disgusto a su celoso padre.

—Sí; yo seré su protector... su protector; yo velaré por ella—murmuraba el joven,—todo hombre de corazón haría, en mi lugar, lo que yo hago.

Y quería convencerse a sí mismo de que lo que sentía por la amiga de Rafaela era más bien piedad que sencilla admiración; pero mientras... una labor extraña... un fenómeno curioso se operaba en su interior. Era vez de pensar en su prometida, Luciano veía ante sus ojos aquella figura pálida, por el decrépito unas veces, por el dolor otras, era mirándole airada, era elevando y bajando en lágrimas. Sentía aún el blando abandono de aquel flexible cuerpo entre sus brazos, el cálido aliento de sus divinos labios, el